

cesa su hermana «le santiguó, le besó, y le cubrió el rostro con la sábana teniéndole ya por muerto.» Mas el rey vivía. La princesa y sus damas y criados comulgaron todos, y dirigieron al cielo fervorosas preeces por su salud. Al rey se le administraron también los sacramentos, y desde aquel día (24 de setiembre) fué prodigiosamente aliviándose, en términos que no tardó en recobrar su salud. Durante el peligro de su enfermedad se habian hecho en Madrid, y aun en otros puntos del reino, rogativas y procesiones públicas por la salud del monarca francés, y el pueblo de Madrid muy señaladamente mostró en esta ocasión el mayor interés por su restablecimiento, y aun por su libertad, con la esperanza de ver asegurar una concordia entre los dos soberanos, y con ella la paz universal.

Con esto, y con haber escrito el emperador invitando á la princesa Margarita á que pasase á Toledo para tratar los medios de dar libertad á su hermano, encaminóse la duquesa de Alençon á aquella ciudad, dejando al rey en convalecencia. Salíó á recibirla el emperador (3 de octubre), é hizo grandes acatamientos y agasajos, de todo lo cual escribía muy complacida y dando las mas halagüeñas esperanzas al rey su hermano, como á la regente de Francia su madre. Tuvieron, pues, diferentes pláticas en Toledo el emperador y la princesa sobre las condiciones de la concordia, ya en el palacio imperial, ya en la casa de la princesa misma; mas no tardó en convencerse la duquesa de que ni aquellos obsequios ni las buenas palabras dadas al rey en el lecho del dolor estaban en consonancia con las condiciones que el emperador seguía exigiendo para el rescate. La piedra de toque era siempre el ducado de Borgoña. Ya la princesa se allanaba á que el rey su hermano, una vez verificado su matrimonio con la reina viuda de Portugal, doña Leonor, hermana de Carlos, recibiera de ella en dote la Borgoña, con tal que pasara en herencia á sus hijos, y renunciaba á todos los demás derechos que pudiera tener á los Estados de Nápoles, de Milan, de Génova, de los Países Bajos y demás sobre que habian versado las primeras capitulaciones. Carlos insistía en la restitucion de la Borgoña sin restriccion, y en los mismos términos que la habia poseído el duque Carlos su bisabuelo. Convencida al fin la de Alençon de la inutilidad de sus negociaciones, y de lo infructuoso de las conferencias, pidió licencia al emperador para volverse á Madrid, y obtenida que fué, se vino á esta villa (14 de octubre) á dar cuenta á su hermano del resultado, y á discurrir otros medios de poder restituírle la libertad.

Ocurrió á poco tiempo un incidente que acabó de desanimar á Francisco y á su hermana y de desengañarlos acerca de las intenciones del emperador. Por las causas que despues diremos vino á España el duque de Borbon, á quien Carlos tenia prometida la mano de su hermana doña Leonor, la viuda del rey don Manuel de Portugal. Y aquel emperador, que no se habia dignado ni recibir ni visitar al monarca prisionero, se mostró tan extremadamente galante, atento y obsequioso con el hombre á quien la Francia y su rey miraban solo como un vasallo rebelde y traidor, que no solamente salieron de órden suya el obispo de Ávila y muchos caballeros á esperarle á los confines de Castilla, sino que cuando llegó á Toledo (15 de noviembre), le recibió con todo el aparato de la corte, le abrazó con el interés mas cariñoso y le llevó á su mismo palacio, haciéndole en el camino las demostraciones mas afectuosas, y las mas lisonjeras y pomposos ofrecimientos (1). Estas y otras

(1) Coleccion de documentos sobre la cautividad de Francisco I.—Núm. 160. Carta de Carlos V. al rey.—Núm. 176. Carta de la duquesa de Alençon al rey.—Núm. 181. Carta de la misma al mismo.—Núm. 182. Conferencia de la duquesa de Alençon con el emperador Carlos V.—Número 192. Carta de Carlos V. al rey.—Núm. 193. Carta del rey á Carlos V.

Muy de otro modo y con mas dignidad se cuenta haberse conducido el marqués de Villena con el condestable de Borbon. Habiéndole pedido el emperador que franqueara su palacio para hospedar al príncipe francés, contestó aquel magnate con mucha urbanidad, que no podia dejar de complacer á su soberano: «Mas no extrañéis, añadió con enérgica entereza, que tan luego como le haya evacuado el condestable, le mande arrasar hasta los cimientos, porque un hombre de honor no debe habitar ya la casa en que se ha alojado un traidor.»—Guicciard. libro XVI.—De esto, sin embargo, nada dice en su Relacion Gonzalo de Oviedo.

particulares distinciones, hechas con el mayor enemigo del monarca prisionero, y que tanto contrastaban con el desdichoso comportamiento que con este habia tenido, convencieron mas y mas á Francisco y á la duquesa de que era excusado pensar en obtener la libertad con condiciones decorosas. Entonces la de Alençon dió trazas como pudiera sacar de la prision á su hermano, empleando un ardid que le facilitara la fuga (2). Mas como tambien se le frustrara este artificio, recurrieron los dos á otro medio mas político, mas solemne, y que sin duda fué de grande efecto.

Extendió, pues, Francisco una acta de abdicacion renunciando la corona en el delfín su hijo, mandando que se hiciera registrar con las formalidades de estilo por el parlamento del reino, y que en seguida se procediera á la coronacion del delfín, bajo la tutela y regencia de la reina madre, ó en caso de fallecimiento de esta, de su hermana la princesa Margarita. Este documento fué llevado á Francia por el duque de Montmorency; y dado este golpe, la duquesa, cuya salud se iba tambien debilitando, partió igualmente (28 de noviembre) para aquel reino (3).

Resolucion tan extraña y vigorosa hizo pensar al emperador que si se consumaba, tendria en su poder, no ya un rey prisionero, sino un caballero cautivo. Esta consideracion, unida á las noticias que tuvo de la liga que contra él se formaba en Italia, le movió á pensar seriamente en dar libertad al prisionero, porque él por desesperacion no hiciera inútil su cautividad, ó antes que los confederados hicieran de la libertad del rey de Francia condicion precisa de paz ó de guerra. Coincidió con esto que la regente de Francia, madre de Francisco, cansada de llevar sobre sus hombros el peso del gobierno, y persuadida de que la presencia de su hijo era mas necesaria á la Francia que el ducado de Borgoña, le decia que aceptara cualquier partido, pues nada era tan perjudicial y todo era mas tolerable que la prolongacion del cautiverio (4). Y como Francisco habia visto por tanto tiempo la firme resolucion del emperador, no sintió verse alentado por su madre, y dió órden á sus embajadores para que aceptaran y firmaran en su nombre el tratado que proponia Carlos V (19 de diciembre), aplazando, no obstante, la restitucion de la Borgoña para despues que estuviese libre.

La dificultad estaba en los del consejo del emperador, puesto que consultado por Carlos, se dividieron los pareceres, opinando los unos, entre ellos el virey de Nápoles, que la libertad del rey de Francia era indispensable para la paz universal, y aconsejándole resueltamente otros, y señaladamente el gran canciller Gattinara, que le tuviese preso y asegurado, por lo menos hasta que hubiese hecho la restitucion de la Borgoña, fundándose en la desconfianza que les inspiraba el genio bullicioso y emprendedor del francés, y su natural deseo de vengar la afrenta de Pavia y las humillaciones de Madrid. Optó, no obstante, el emperador por el primer dictámen, y en su virtud se estipuló y ajustó la famosa *Concordia de Madrid*, de 14 de enero de 1526, cuyos principales capitulos eran los siguientes:

Paz y amistad perpetua entre ambos soberanos. «De manera, dice el texto, que los dichos señores emperador y rey en la manera sobredicha sean é queden de aquí adelante bue-

(2) El ardid consistía, segun Sandoval, en que un esclavo negro que tenia á su servicio se acostara en la cama misma del rey, y que esta, vestido con las ropas del esclavo y tiznándose el rostro, saliera del alcázar al anocheecer, fingiendo ser el negro que llevaba la leña á su cámara. Parece que habiendo reñido entre sí dos de los pocos que estaban en el secreto, uno de ellos, por vengarse del otro, reveló el proyecto al emperador, el cual, si bien al principio no dió entera fe al denunciante, no por eso dejó de ordenar á don Fernando de Alarcon que estuviere sobre aviso y vigilase con mas cautela y rigor al prisionero.

(3) Coleccion de documentos inéditos sobre la cautividad de Francisco I. Núm. 207.—El acta de la abdicacion no se registró en el parlamento por no haber sido presentada en tiempo oportuno, no porque el rey la retractara á muy poco de haberla firmado, como dice Sismondi; y no la llevó la duquesa de Alençon, como la mayor parte de los historiadores dicen, sino el duque de Montmorency.—Champollion-Figeac, *Captivité du roi François I.*—Introduction, pág. LIV.

(4) Últimas instrucciones de la reina regente, madre del rey, á sus embajadores para la conclusion del tratado de Madrid, traídas por monsieur de Brion.—Coleccion de documentos, núm. 206.

nos, verdaderos é leales hermanos, amigos, aliados y confederados, y sean perpetuamente amigos de amigos y enemigos de enemigos, para la guarda, conservacion y defension de sus Estados, reinos, tierras y señoríos, vasallos y súbditos, donde quier que estén: los cuales se amarán y favorecerán el uno al otro, como buenos parientes é amigos, é se guardarán el uno al otro las vidas, honras, Estados y dignidades, bien é lealmente, sin alguna fraude ni engaño, y no favorecerán ni mantendrán alguna persona que sea contra el uno ni el otro de los dichos señores.»

Libre trato, comercio y comunicacion entre los súbditos de ambos reinos.

Restitucion y entrega completa del ducado de Borgoña al emperador dentro de las seis semanas siguientes al día en que el rey Francisco se viese libre en su reino, renunciando por sí y por sus sucesores para siempre á todo derecho al ducado de Borgoña, quedando este perpetuamente separado de la corona de Francia.

Que el 10 de marzo el rey Francisco entraria libremente en su reino por la parte de Fuenterrabia; pero con tal condicion, que en el acto y simultáneamente le serian entregados al emperador en calidad de rehenes los dos hijos primeros del rey Francisco, el delfín y el duque de Orleans, ó en lugar de este último, doce principales personajes del reino, que el emperador designaba (1); los cuales habian de estar en su poder hasta que el rey Cristianísimo hubiera hecho la restitucion y cumplido los articulos de la concordia; y aun cumplido esto, vendria en lugar de los dichos rehenes á España el duque de Angulema, hijo tercero del rey, como prenda de seguridad y firmeza en la amistad de los dos soberanos.

Renuncia absoluta y completa por parte del rey Francisco á todos sus derechos ó pretensiones á los Estados de Nápoles, de Milan, de Génova, de Artois, de Hainaut, y de todas las demás tierras y señoríos que poseia el emperador.

Casamiento del rey Francisco con doña Leonor, hermana de Carlos, y viuda del rey de Portugal, la cual seria llevada á Francia, cuando se diese libertad á los rehenes; y casamiento del delfín con la hija del rey de Portugal, cuando tuviese la edad.

El rey Francisco se obligaba á procurar que Enrique de Albret renunciara para siempre al título de rey de Navarra, y á todos los derechos que pretendiera tener á aquel reino, resignándolos perpetuamente en el emperador que le poseia, y en los reyes de Castilla sus sucesores.

Obligábase tambien á costear, siempre que el emperador quisiese pasar á Italia, doce galeras, cuatro naos y cuatro galeones, y á dar al tiempo de la entrega de los rehenes la paga de seis mil infantes en Italia, quinientas lanzas y alguna artillería.

Á satisfacer al rey de Inglaterra los 133,305 escudos anuales que el emperador le debia, á contar desde junio de 1522.

Á restituir al duque de Borbon todos sus Estados, con las rentas y bienes muebles, señoríos, preeminencias y derechos que tenia antes de salir de Francia.

Á dar libertad al príncipe de Orange y devolverle su principado, como igualmente á madama Margarita y al marqués de Saluzzo todo lo que poseian antes de la guerra.

Que ambos soberanos de comun acuerdo suplicarian al papa que convocase un concilio general para tratar del bien de la cristiandad y de la empresa contra turcos y herejes, y que concediese una cruzada general por tres años.

Que en llegando el rey Francisco á Francia ratificaria los capitulos de la Concordia.

Que si cualquiera de estos capitulos no fuese guardado, el rey daba su fe y palabra de volver á la prision (2).

(1) Eran estos, el duque de Vendome, el de Albany, Mr. de Saint-Pol, el de Guisa, Lautrec, De la Val, el marqués de Saluzzo, Mr. de Rieux, el gran senescal de Normandia, el mariscal de Montmorency, Mr. de Brion y Mr. de Ambegui; es decir, los hombres mas notables de Francia, príncipes, políticos y generales.

(2) Este célebre Tratado de Madrid fué solemnemente firmado y jurado por el emperador y por el rey de Francia, y suscritos además por el virey Carlos de Lannoy, don Hugo de Moncada, Juan Aleman, el arzobispo de Embrun, Juan de Selva y Felipe Chabot. Los capitulos eran 45,

Tal fué en sustancia la famosa Concordia de Madrid entre Carlos V y Francisco I: tratado que por lo humillante y deshonroso para la Francia y para su rey causó universal sorpresa y asombro en el mundo, y muchos desconfiaban de que llegara á realizarse. Sin embargo, se dió principio á su cumplimiento con la ceremonia de los esponsales entre Francisco y Leonor, que Carlos de Lannoy celebró por poderes en Madrid, donde se hallaba el rey, y en Torrijos donde se encontraba la reina: si bien el emperador no consintió la consumacion del matrimonio, hasta que el acta de ratificacion viniese de Francia.

Con razon se habia asombrado el mundo, y no sin fundamento se recelaba que no podria realizarse el tratado. Asi era, pero no por las causas que naturalmente se discurrían. Detrás de la concordia ostensible se ocultaba una protesta capciosa que la invalidaba. El rey cautivo, el día antes de firmar el convenio, habia llamado á los consejeros que tenia en Madrid, y despues de haberles exigido el secreto bajo juramento solemne, hizo extender á su presencia y ante notarios una protesta formal contra el tratado que iba á suscribir, declarándole nulo y de ningun efecto como arrancado por violencia, y hecho sin la libertad de deliberacion necesaria para legitimar tales actos (3). Con esta artificiosa conducta se proponia el rey Francisco eludir la validez de lo mismo que iba á pactar, fiando mas bien en que hallaria despues casuistas que le absolvieran que creyendo satisfacer con esto su conciencia y su honor. Que sin negar que Carlos abusara de su posicion imponiendo un pacto oneroso á quien estaba constituido en cautiverio, esto no justifica la doblez de Francisco y su insigne mala fe (4).

La protesta, no obstante, permanecia oculta é ignorada, siendo este el único caso en que Carlos se dejó engañar de Francisco. Como aliados y amigos paseaban ya juntos los dos soberanos (5), y las gentes se agolpaban á verlos como una cosa extraña y sorprendente, y de ello auguraban una larga paz. «Ya veis, le dijo un día Francisco al emperador paseando por los campos de Illescas, ya veis cuán hermanados estamos vos y yo, y mal haya quien intentare desavenirnos. Por esto he pensado deciros, que pues el pontífice es hombre bullicioso, y los venecianos son mas amigos de turcos que de cristianos, seria bien que al pontífice le allanásemos, y á los venecianos destruyésemos: para esta jornada, si nos queremos juntar, na-

de los cuales hemos omitido los menos interesantes. El documento es de bastante extension. El obispo Sandoval le insertó íntegro, con su Proemio, en el lib. XIV de la Historia del emperador Carlos V.—Recueil des Traités, tomo II.

(3) Coleccion de documentos relativos á la cautividad de Francisco I. Núm. 222. El acta de la protesta es tambien larga.

Debemos advertir que ya en 22 de agosto de 1525, con motivo de las negociaciones que se seguian por los embajadores de la reina regente con Carlos V acerca de la libertad del rey, habia hecho este una protesta secreta, parecida á esta segunda, cosa que no hemos visto en ningun historiador, pero de que no nos deja duda alguna el texto que leemos en la Coleccion de documentos, página 300, señalado con el número 134, y la firmaron el rey, el arzobispo de Embrun, Felipe Chabot, De la Barre y Bayard.

(4) Es curioso observar los esfuerzos que algunos historiadores franceses hacen para justificar la artificiosa protesta de Francisco I. Otros, por el contrario, la condenan como un acto deshonesto y abominable.

(5) Equivócase por consiguiente Champollion-Figeac cuando dice, que despues de firmado el tratado de Madrid fué el rey guardado como antes, y se tuvieron menos consideraciones á su real persona: *Même après sa signature du traité de Madrid le Roi fut gardé comme auparavant, et moins d'égards furent prodigués á sa royale personne.* Aserto tanto mas extraño, cuanto que en la pág. 502, documento número 241, inserta la *Relacion de lo que pasó en Madrid entre el rey y el emperador despues de firmado el Tratado de Madrid*, en la cual consta todo lo contrario.

Esta relacion está bastante de acuerdo con las extensas noticias que nos da Gonzalo de Oviedo en su citado MS. de lo que pasó en aquel período. Oviedo cuenta pormenores muy individuales, y anécdotas muy curiosas, que él mismo presencié, de las expediciones que Carlos V y Francisco I hacian juntos de Madrid á Torrejon de Velasco, y de aquí á Illescas, donde estaban las reinas doña Leonor y doña Germana, de las visitas que se hicieron, de las danzas y fiestas que hubo con este motivo, y hasta de los diálogos entre el emperador y el rey, entre Francisco I y doña Leonor, á quien todos llamaban ya la reina de Francia, y entre las dos reinas y los dos soberanos. Estas expediciones y estas visitas duraron hasta el 20 de febrero, en que se despidieron Carlos y Francisco.

die será poderoso á resistirnos. — Sed cierto, hermano, le respondió el emperador maravillado de aquel lenguaje, que no tengo voluntad de buscar enemigos ni de alzarme con lo ajeno. En lo que decís de ser el papa bullicioso y los venecianos amigos de turcos, bien sabéis cuán poco les debo, y que en nada se han mostrado aficionados á mis cosas, y que han sido mas vuestros que míos. Mas esto no obstante, me parece que si en algo ellos se atrevieron contra la fe y contra nosotros, será bien avisarlos, mas no destruirlos: si no quisieren conformarse, ni vos ni yo nacimos para ser verdugos de los vicios del papa y venecianos.» Al oír esta respuesta del emperador, cortó discretamente la plática el francés diciendo: «Teneis razon: no hablemos mas de guerra, puesto que Dios nos tiene en paz.» ¡Quién creyera entonces que el rey Cristianísimo había de ser despues aliado del turco contra el emperador y contra el jefe de la Iglesia!

El día en que habían de despedirse ya para regresar Francisco á su reino, caminaban juntos en una litera por las cercanías de Madrid aquellos dos soberanos para quienes parecia ser estrecho el mundo, y cuando llegó la hora de separarse: «Acordaos, hermano, le dijo el emperador, de lo que conmigo habeis capitulado.—Tanto me acuerdo, respondió Francisco, que os puedo decir todos los capitulos de memoria sin faltar una letra.—Pues que tan presente lo habeis, decidme: ¿teneis voluntad de cumplirlo, ó hallais alguna dificultad? Porque si en esto hubiere alguna duda, seria tornar á las enemistades de nuevo.—No solo tengo voluntad de cumplirlo, contestó el francés, sino que no habrá en mi reino quien me lo pueda estorbar: y si otra cosa en mi vieraís, consiento que me tengais por bellaco y vil (*lasche et mechant*).—Lo mismo quiero que digais de mí, repuso el emperador, si no os diere libertad. Una sola cosa os pido, y es que si en algo me habeis de engañar, no sea en lo que toca á mi hermana y vuestra esposa, porque seria injuria que no podria dejar de sentir y vengar.»

Con esto se hicieron una cortesía y se despidieron diciendo: «Dios vaya, hermano, en vuestra guarda.» Y el emperador tomó el camino de Illescas, y el rey el de Madrid para dirigirse desde aquí á Fuenterrabía y á Francia. Empezó, pues, su viaje (21 de febrero), acompañado del virey Lannoy, del capitán Alarcon y de otros caballeros. El condestable don Niño de Velasco había de conducir á la reina doña Leonor hasta Vitoria, para ponerla en Francia tan luego como estuviesen entregados los rehenes y se hubiesen ratificado los capitulos de Madrid.

Mientras el prisionero de Pavia se encaminaba á la frontera de su reino con el ánsia de recobrar su libertad, el emperador, que había condescendido con los deseos manifestados por las cortes de Castilla de enlazarse en matrimonio con su sobrina la infanta doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey don Manuel, pasó á Sevilla á celebrar sus bodas, que se solemnizaron con suntuosas fiestas (11 de marzo, 1526), y con todo el brillo y ostentación que era de esperar de la alegría y el gusto que este enlace causó en ambos reinos (1).

Al llegar el rey Francisco con su comitiva (18 de marzo) á la orilla del Bidasoa, que por la parte de Fuenterrabía divide los dos reinos de España y Francia, puestos anticipadamente de acuerdo para el acto y ceremonia de la entrega con la reina Luisa su madre, gobernadora de la Francia, y con arreglo al ceremonial que Francisco y Lannoy habían formulado en Aranda de Duero (26 de febrero) y en San Sebastian, se dió

(1) Los portugueses mostraron bien su satisfacción en el hecho de haber dado á la princesa Isabel el cuantioso dote de novecientos mil ducados. El obispo Sandoval refiere minuciosamente las magníficas fiestas que con motivo de estas bodas se hicieron en Sevilla, y copia y traduce todos los versos latinos que en alabanza del César se pusieron en los arcos triunfales. Hist. de Carlos V, lib. XIV, párr. 9.

principio á aquel acto sublime de la manera siguiente (2). En medio del río y á igual distancia de ambas riberas se colocó y amarró con anclas una gran lancha. A las dos márgenes, y frente unos de otros, se colocaron de la parte de España el rey Francisco con Lannoy y Alarcon, de la de Francia los dos hijos del rey, el delfín y el duque de Angulema, Enrique, con el almirante Lautrec, unos y otros con igual número de caballeros y soldados. A un mismo tiempo partieron de las dos opuestas orillas y en dos botes iguales, Lannoy con el rey Francisco y doce caballeros españoles, y Lautrec con los dos príncipes y doce caballeros franceses, y bogando á compás los remeros de uno y otro bote llegaron simultáneamente á la barca anclada en medio del río. Saltaron á ella unos y otros. Los príncipes se acercaron á besar la mano á su padre, que les correspondió con un abrazo, y lo mismo hicieron los demás franceses. Señor, dijo entonces el virey Lannoy, ya estais en vuestra libertad: cumpla agora V. A. como buen rey lo que ha prometido.—Todo se guardará cumplidamente, respondió el rey. Y hecha la entrega, y pasando los príncipes á la barca de los españoles, y el rey á la de los franceses trasladáronse á las respectivas márgenes de España y de Francia. El acto se concluyó á las tres de la tarde del 18 de marzo, al año y algunos días de la batalla de Pavia.

Tan pronto como el rey Francisco pisó el suelo de la Francia, montó en un caballo turco que se le tenía preparado, y apretándole las espuelas se dió á correr gritando: ¡Todavía soy rey! ¡Je suis encore roi! y galopando llegó hasta San Juan de Luz, donde le esperaba la reina su madre con toda la corte. De allí prosiguieron sin detenerse á Bayona, desde donde el rey hizo muy vivas reclamaciones para que le fuera enviada luego su esposa; mas como se esperase en vano la ratificación del tratado de Madrid que se había obligado á hacer tan pronto como se viera libre en su reino, y como la reina doña Leonor no había de ser llevada á Francia hasta que esto se cumpliera, el condestable de Castilla que la acompañaba en Vitoria volvióse con ella á Burgos, con arreglo á las instrucciones que había recibido del emperador. Los príncipes franceses fueron en el principio puestos bajo buena guarda en la fortaleza de Villalva de Alcor; y el virey Lannoy, que infructuosamente había seguido al rey Francisco hasta Bayona, requiriéndole que confirmara la concordia de Madrid, recibió orden del emperador para que se volviese á Castilla. El rey prosiguió á Paris, sin haber ratificado la concordia, so pretexto de tener que someterla á la aprobacion del parlamento y del reino (3).

Aunque hoy ya no nos constasen, adivinariase fácilmente los graves acontecimientos y las funestas complicaciones que naturalmente habían de producir el duro comportamiento del emperador con el rey prisionero, la artificiosa conducta de Francisco para recuperar su libertad, la protesta subrepticia á la concordia de Madrid, la falta de cumplimiento del tratado, y la enemiga que naturalmente se había de reproducir con mas furor entre los dos soberanos rivales, que parecían destinados á traer perpetuamente conmovida la Europa.

(2) Ceremonial convenido para el acto de la libertad del rey. Coleccion de documentos, núm. 243, pág. 510.

(3) Coleccion de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, —MS. de Gonzalo de Oviedo, en la Biblioteca nacional.—Documentos de la casa de Haro, que originales vió Sandoval, y á que se refiere en el libro XIV de su Historia.—Dormer, Anales de Aragon, lib. II.—Ulloa, Vida del emperador Carlos V.—Robertson, Hist. del Emperador, lib. IV.

En la citada Coleccion de documentos hecha de orden del rey de Francia y publicada en 1847, hay multitud de poesías líricas compuestas por el rey Francisco I durante su prision en Italia y en Madrid, algunas de las cuales sin duda no carecen de mérito, y aun las comparan los franceses á las de su maestro Clemente Marot. Lo que podemos nosotros decir es que, á juzgar por el número de sus composiciones, la musa de Francisco I era por lo menos fecunda.

CAPÍTULO XII

ITALIA

Memorable asalto y saqueo de Roma

DE 1525 Á 1527

Sensacion que produjo en Italia la traslacion de Francisco I á Madrid.—Quejas y enojo de los generales Borbon y Pescara contra el virey Lannoy.—Planes del canceller Moron.—Intenta libertar la Italia de la dominacion española.—Induce á ello al marqués de Pescara.—Vacila el marqués.—Resuelve denunciarle.—Artificio que usó para descubrir y prender á Moron.—Sitia Pescara al duque de Milan.—Muerte del marqués de Pescara.—Sucédele el duque de Borbon.—Conducta de Francisco I despues de su rescate.—Niégase á cumplir el tratado de Madrid.—Confederacion contra Carlos V: la Liga Santa: tratado de Cognac.—Refuerza el emperador el ejército de Italia.—Inaccion de Francisco I: compromete á los aliados: triunfo de los imperiales en Milan.—Conjuracion contra el papa: entrada de los conjurados en Roma: prision del pontífice: condiciones con que recobró su libertad.—Escaseces y apuros de los imperiales en Lombardia: terribles medidas del duque de Borbon: crítica y desesperada situacion del país y del ejército.—Arrojada y funesta marcha de Borbon contra Roma.—Imprudente confianza del pontífice.—Asalto de Roma por los imperiales: muerte de Borbon: entrada y saqueo horrible de Roma: escándalos, sacrilegios, crímenes inauditos.—Prision del papa Clemente.—Manifiesto de Carlos V á los príncipes sobre el asalto y saco de Roma.—Manda hacer rogativas por la libertad del papa.—El papa sigue cautivo.—Conjuracion europea contra el emperador.—Anuncio de nuevas guerras.

Durante el cautiverio del rey de Francia en Madrid habían pasado en Italia acontecimientos importantes, y fraguábase en secreto una terrible trama contra el emperador. Ya indicamos en el anterior capítulo cuán bien había sabido explotar la reina Luisa de Saboya, madre de Francisco I y regente de Francia, los celos que al papa, á los venecianos y al rey de Inglaterra inspiraba el excesivo engrandecimiento y el asombroso poder del rey de España y emperador de Alemania, y cómo se habían ido desviando los que antes habían sido sus mas eficaces auxiliares y sus mas útiles amigos.

Por otra parte, el bullicioso canceller de Milan Jerónimo Moron, una vez expulsados los franceses de este ducado, mirábalos ya con menos enemiga y encono; y las onerosas condiciones y las reservas con que el emperador, despues de mucho trabajo accedió á otorgar la investidura del señorío de Milan al duque Sforza, en cuyo nombre se había conquistado, le hicieron sospechar y calcular que si á Carlos le diera tentacion de agregar el Milanesado al reino de Nápoles, corría gran riesgo de que viniera á su poder toda la Italia. Libertar la Italia del yugo extranjero era tiempo hacia el pensamiento favorito de los políticos italianos, y emanciparla de la dominacion de los españoles era la empresa que se le representaba mas gloriosa al canceller Moron, ya que tanta parte le había cabido en la expulsion de los franceses. A este designio encaminó sus planes, y no tardó en presentársele una ocasion que le parecia muy oportuna.

La traslacion de Francisco I á Madrid, hecha por el virey Lannoy secretamente y sin dar conocimiento de ella ni al duque de Borbon ni al marqués de Pescara, resintió altamente y ofendió el amor propio de estos dos generales, á cuyo esfuerzo se había debido principalmente el triunfo de Pavia. Borbon se vino, como hemos visto, lo mas pronto que pudo á Madrid, receloso de que Lannoy pudiera perjudicarle en sus intereses. Hicieronse aquí Borbon y Lannoy mutuas y muy duras recriminaciones á la presencia misma del emperador. El de Pescara quedó al frente del ejército, tronando contra el virey y blasfemando de su solapada accion, resentido además y quejoso del emperador porque no le había premiado tan cumplidamente como creía merecer por sus servicios. Este descontento y enojo del vencedor de Pavia fué el que se propuso el intrigante Moron utilizar para sus planes. Con mucha maña le inflamaba en su resentimiento, y le avivaba los celos que ya le daban las preferencias del emperador hácia Lannoy, permitiéndole que dispusiera del monarca francés, siendo el de Pescara el caudillo á cuya direccion y bizarría se debió el triunfo de Pavia y la prision del rey.

Con mucha sagacidad le fué Moron insinuando la idea de que la mejor venganza de tales agravios, y al propio tiempo el mejor camino para ganar gloria inmortal seria erigirse en libertador de su patria, sacudiendo el yugo de la dominacion extranjera; que á él mas que á nadie correspondia llevar á cabo empresa tan generosa y noble; que á tan grandioso designio le ayudarian con decision todos los pueblos; que él podria ser el alma de la liga secreta que se estaba formando entre el papa, Venecia, Florencia, Milan y la gobernadora de Francia, Luisa de Saboya; y que siendo el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, podia estar cierto de que los aliados le darian con gusto aquella corona, y con no menos satisfacion le otorgaria el pontífice la investidura.

Tentadora era la perspectiva para un genio ambicioso como el de Pescara, y para un hombre que, como él, se mostraba quejoso por sentirse mal remunerado. Suspenso se quedó al pronto, sin dar respuesta categórica, como quien fluctuaba entre la idea risueña de un porvenir brillante y la infamia de la traicion que para ello necesitaba cometer. Por si se decidia á seguir las inspiraciones de Moron, quiso descargar su conciencia oyendo el parecer de hombres doctos, á quienes consultó, «si podia un vasallo levantarse legítimamente contra su señor inmediato por obedecer al señor feudal.» Los teólogos y letrados de Milan y Roma contestaron afirmativamente, que para todo hallaba favorable solucion la jurisprudencia de los casuistas de aquel tiempo. Pero reflexionó de nuevo, y bien fuese que le horrorizara la alevosía, bien que viera dificultades en la realizacion del proyecto, bien que la enfermedad que entonces padecia el duque de Milan Francisco Sforza le sugiriera el pensamiento de sucederle en el ducado, como premio que el emperador no podia negarle por la revelacion del secreto, decidióse á descubrir á Carlos todo lo que contra él se tramaba, deslizándose así, por querer huir de una traicion, por una pendiente de no menos abominables alevosias.

Manifestósele el emperador informado ya de todo; y como quien indirectamente reprendia á Pescara lo tardío de la delacion, y como quien le allanaba el camino de salvar aquella falta con nuevas pruebas de lealtad, le encargó que continuara tratando con los de la liga, y sondeándolos hasta arrancarles el secreto de todos sus planes. Pescara tuvo la flaqueza de aceptar la odiosa comision de espía, además del papel abominable de traidor que antes no había acertado á rechazar. En desempeño, pues, de su nuevo oficio, citó un día á Moron para tener una conferencia en Novara. El canceller acudió á la cita sin ningun recelo. Allí hablaron de los medios de llevar adelante la conjuracion, y Moron se explicó sin rebozo y con toda expansion y confianza. Compréndese cuál seria su asombro al verse sorprendido por Antonio de Leiva, que salió de detrás de una colgadura donde el de Pescara le había ocultado para que oyera la plática. En el mismo instante fué preso Moron y conducido al castillo de Pavia. Inmediatamente marchó Pescara con los imperiales contra el duque Francisco Sforza, que se hallaba enfermo en Milan, le declaró destituido á nombre del emperador, y le intimó la entrega de todas las fortalezas y ciudades de aquel Estado. Sabida por el duque la prision de su canceller, y viendo no quedarle remedio para otra cosa, accedió á hacer la entrega que se le pedia, reservándose solo los castillos de Cremona y Milan para seguridad de su propia persona.

No contento con esto el de Pescara, puso sitio al castillo de Milan, donde el doliente duque se había refugiado (1), y dió

(1) Al llegar aquí el obispo Sandoval en su historia dice: «De esta manera trató y llevó este negocio el marqués de Pescara, del cual hablaron, como suele el mundo, los descubiertos y agravados mal por extremo, los contrarios bien, encareciendo su virtud, valor y lealtad hasta el cielo.»—Nosotros creemos que se obcecó en este punto el buen juicio del obispo historiador, como con frecuencia le acontece siempre que trata de algo favorable al emperador. La conducta de Pescara en este negocio no puede ser aplaudida por ningun hombre honrado, cuanto mas ensalzada hasta el cielo, porque en ningun tiempo es virtud emplear el dolo y la traicion para perder á aquellos mismos de quienes se finge ser amigo y aliado, ni una tentacion de deslealtad se puede lavar con una deslealtad efectiva. Y sentimos en el alma hallar esta mancha en la carrera hasta entonces tan brillante y gloriosa del marqués de Pescara.